

---

# LAS DIFICULTADES DE LA EMPATÍA Y LAS RAÍCES AFECTIVAS DEL RACISMO

ELIZABETH ORMART<sup>1</sup>  
JUAN BRUNETTI<sup>2</sup>

## INTRODUCCIÓN

Extraño, diferente, desigual, disímil, heterogéneo, *un alter ego* inconmensurable, el encuentro con el otro.

Amigable, próximo, prójimo, empático, inseparable, otro yo, hallarse con mi semejante.

Ambas perspectivas tiñen los encuentros humanos. Este *pathos* es el punto de partida de la relación ética con el otro. Desde los comienzos mismos de la humanidad, el ser humano ha buscado razones para asemejarse o diferenciarse de los otros y las ha encontrado.

Trazando límites, fortaleciendo barreras, elevando muros, el concepto de *raza* ha ayudado en la tarea demarcatoria de las diferencias.

El concepto de raza es controvertido, porque junto con las supuestas clasificaciones científicas se entremezclan los prejuicios más arcaicos de la humanidad. En principio podríamos hacer una distinción aclaratoria entre especie y raza. El *Homo sapiens* es una especie dentro del reino animal que se distingue de los demás animales. La especie es una entidad cerrada genéticamente. Las razas son supuestas diferenciaciones internas a la especie; son entidades abiertas, posibles de ser modificadas. Las distintas razas pueden cruzarse y generar descendencia, las distintas especies no.

Desde el siglo XV, cuando los viajeros europeos empezaron a explorar otros continentes, comenzaron a observar con asombro las diferencias físicas con los pueblos que descubrían. Desde entonces se especuló con la posibilidad de establecer clasificaciones raciales.

En el siglo XVIII, estas clasificaciones se intentaron con un método más riguroso. Los iluministas de esta época estaban imbuidos del espíritu de igualdad y fraternidad. Por tal motivo, estas ordenaciones partían de la consideración de la igualdad básica entre todos los seres humanos. Las diferencias eran atribuidas al medio ambiente natural en el que los hombres vivían. Dos ideas estaban en disputa. Una era la del monogenismo,

---

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina. / eormart@gmail.com  
Jefe de Trabajos Prácticos en la Universidad Nacional de La Matanza, Argentina.

es decir, la teoría que sostenía un origen único para toda la humanidad; después, la evolución habría hecho lo suyo. Los poligenistas, por su parte (quienes proponían distintos orígenes para distintas razas) afirmaban, como es de suponer, diferentes capacidades hereditarias para las distintas razas. Los evolucionistas incorporaron la visión jerárquica de las razas, como de estadios superiores e inferiores. El evolucionismo aceptaba la misma línea conductora entre un salvaje y un hombre civilizado europeo. Pero la distancia evolutiva era lo suficientemente grande como para hacer pensar que, ciertas razas, estaban demasiado cerca de un estadio animal. Esta notable superioridad del hombre blanco europeo sobre ciertos estadios de salvajismo permitía la justificación teórica de varias formas de explotación. Debajo de la discusión científica de fines del siglo XIX latía el enfrentamiento entre los esclavistas y los no esclavistas. La esclavitud se sostenía desde la antigüedad como una relación social basada en la naturaleza misma de los seres humanos. Ahora, el mercado de esclavos negros necesitaba sostenerse en criterios demarcatorios raciales, y la ciencia podía servir para garantizarlo. También el imperialismo de la época encontraba un fuerte apoyo en las teorías de la evolución que permitía imponer una cultura sobre otra.

#### DE LO DIFERENTE A LO SUPERIOR

En 1883, Galton utilizó el término *eugenesia* para referirse a la ciencia orientada al mejoramiento de las razas con el fin de dar a las mejor dotadas mayores posibilidades de prevalecer sobre las menos dotadas. La eugenesia positiva estaría destinada a ese mejoramiento de las razas mejor dotadas, mientras que la eugenesia negativa limitaría el desarrollo de las menos buenas a través de la eutanasia y la esterilización.

Los ambientes académicos se hacían eco cada vez más de estas convicciones. En 1913 le fue otorgado el Premio Nobel de Medicina a Charles Richet por su obra *Selección humana*, que incluía un capítulo dedicado a la “eliminación de los anormales”.

El conde de Gobineau había escrito, sobre fines del siglo XIX, un *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, obra que fue utilizada por el nazismo para sostener la superioridad de la raza aria. Los estudios de Gobineau, seguido por los de Lapouge (Francia) y Otto Ammon (Alemania) defendieron la superioridad del tipo rubio dolicocéfalo, es decir, de cabeza más larga que ancha, en oposición al tipo braquicéfalos de cráneo redondo. Para apoyar esto sostuvieron que los dolicocéfalos son más prósperos y los braquicéfalos más pobres; los primeros habitan ciudades (mientras que los braquicéfalos habitan en el campo), además, los dolicocéfalos pertenecen a clases sociales superiores (mientras que los de cabeza redondeada son en mayor cantidad obreros).

Según Vallois (1944), las razas son agrupaciones naturales que presentan caracteres físicos comunes. Distinguió cuatro razas (australoides, negroides, mongoloides y europoides) cuyas características responden a su lugar de origen. Las razas habrían surgido, para él, como modo de adaptación a las condiciones ambientales en cada región en donde se habrían desarrollado.

Hoy se discute la cientificidad del concepto de raza. Las clasificaciones raciales surgieron a partir del criterio descriptivo y tipológico. Pero hallar los tipos puros siempre fue un problema para los investigadores. Las migraciones del hombre primitivo ya nos prohíben concebir desde los primeros tiempos de la aparición del hombre la posibilidad de un grupo racial puro. Por eso, se considera que el concepto de raza es una arbitrariedad artificial.

Mantener el afán clasificatorio ha llevado a una enorme variabilidad entre los tipos humanos actualmente reconocibles. Algunos han exagerado las clasificaciones, llegando a contar hasta unas doscientas razas humanas; otros biólogos llevan el número a un millón. El concepto de raza ya no resiste el análisis descriptivo externo, pero si se tienen en cuenta otros factores, no sólo los nacidos de caracteres externos sino también otras particularidades, como el grupo sanguíneo o los grupos tisulares (es decir, los grupos que determinan la aceptación o el rechazo de injertos), el número de razas se puede multiplicar indefinidamente.

También el concepto de raza puede considerarse desde un punto de vista socio-cultural. En este sentido, los aspectos biológicos ceden su lugar a las relaciones sociales que caracterizan a un grupo humano relativamente cerrado conformando una comunidad cultural. El concepto pasa así a tener otra dimensión y otra utilización. Puede servir para comprender, por ejemplo, conflictos como los surgidos entre negros y blancos, aunque, en otras ocasiones, se prefiere utilizar la noción de minoría o de etnia. En este tipo de casos el concepto de raza puede estar muy alejado de ser francamente discriminatorio y jerárquico como en otros tiempos, aunque no está totalmente a salvo de consideraciones peyorativas de unos hacia otros.

En el semanario francés *Europe Action* de 1964 se publicaba el siguiente texto que luego se convertiría en afiche: "Se busca a Mohamed Ben Zobi, nacido en Argelia, residente en Francia: este hombre es peligroso, capaz de robar y matar. Para encontrarlo no hay que ir muy lejos... Alrededor nuestro hay 700 000 como él".

Hace unos años se agitaba en Alemania el debate con relación a la inmigración de latinos. Se acercaba una votación de la población para limitar o no esta oleada inmigratoria. La publicidad televisiva que estaba en contra del ingreso de latinos mostraba a una mujer que huía en la noche hasta ser acorralada en un callejón por alguien. La publicidad que abogaba

a favor de la inmigración mostraba un inodoro que era limpiado por una mano de color mientras el locutor preguntaba: “¿haría usted esto?”

En los tiempos que corren existe cierto tipo de fuente de discriminación nacida de la capacidad de estar o no integrado al sistema. La discriminación racial fue dando paso a la discriminación económica. El sistema exige básicamente participar de los bienes culturales que produce y que permite consumir. Fuera de él no están necesariamente los que son diferentes físicamente sino económicamente. Se afirma que el excampeón del mundo de box George Foreman alguna vez dijo respecto de su pasado: “cuando yo era negro...”. “Ser negro” era equivalente a estar fuera del sistema económico.

DE LO DIFERENTE A LO INFERIOR:  
LA METÁFORA DE LA CASA CERRADA

Para generar esta sensibilidad (la sensibilidad moral), no se requiere del pensamiento teórico, sino de descripciones detalladas que nos hagan ver cómo son los que sufren...

W. Daros 2001: 45.

Esa es la razón por la cual la novela, el cine y la televisión poco a poco pero ininterrumpidamente, han ido remplazando al sermón y al tratado como principales vínculos de cambio y progreso moral.

R. Rorty 1993: 18.

El ser humano ha cultivado prejuicios raciales con fines discriminatorios y de explotación desde tiempos remotos. Desde siempre han existido reticencias a aceptar al diferente. La pertenencia a una tribu o a una *polis*, la identificación religiosa, la similitud física, el concepto de clase, y otras, han sido formas humanas de hallar seguridad y alianza. Por el contrario, al diferente, al otro cultural, en tanto desconocido, se le teme. Algún mecanismo psicológico arcaico (pulsión de muerte) nos impulsa fácilmente a discriminarlo, atacarlo, menospreciarlo, tal vez, eliminarlo. Freud habló del narcisismo de las pequeñas diferencias, que sostiene la unidad de los miembros de una cultura frente a cualquier otra.

Como sea, la clave del racismo estaría en un prejuicio que consiste en ver al diferente como *monstruo* destinado a ser eliminado. El otro, es visto como no humano. Así sucede en el antiguo mito griego del Minotauro que pasó por nuestras letras recreado por Borges y Cortázar. Pero mucho menos mitologizado fue convertido magníficamente en ficción histórica por Manuel Mújica Lainez en su cuento *La casa cerrada*. El autor relata ahí la confesión final de un antiguo soldado del Tercio de Galicia que combatió contra los ingleses en 1807. Las vicisitudes del combate lo llevaron a tomar posición en una casa vecina del barrio que él había habitado en su niñez. Una casa que siempre había permanecido cerrada. Vivía allí una mujer con

sus dos hijas. Debió entrar en una habitación durante una batalla. Las tres mujeres escondían algo ahí. Detrás de ellas un gruñido de animal se dejaba oír. El soldado había oído ese grito antes, en el pasado, en medio de muchas noches y recordaba su propio estremecimiento. A partir de aquí conviene ser fiel a la narración:

Di un paso hacia las mujeres.

—No —pronunció la señora— por favor, por favor, no...

Detrás, en la sombra, vi al ser horrible. ¿Necesito describírselo Reverendo Padre? Se trataba, indudablemente, de un hombre. De hombre tenía la cabeza barbuda, pero su cuerpecito diminuto era el de un niño, con excepción de las manos grandes, cubiertas de vello, obscenas. Clavó en mí los ojos malignos, y por ellos reconocí su parentesco con las muchachas. Era su hermano. Ese monstruo era su hermano.

El tableteo de las balas ahogó mi exclamación. De un salto me acurruqué en mi puesto de combate. Mientras apuntaba, el corazón me latía loco. A veinte metros cayó un inglés con los brazos extendidos, un inglés muy rubio, casi tan dorado el pelo como las charreteras. En la habitación, la madre se echó a llorar. Yo seguía tirando. Ya lo comprendía todo. Ya poseía el secreto de la casa cerrada, de la prisión de esas mujeres jóvenes y bellas, a quienes el feroz orgullo materno obligaba a encarcelarse para que nadie supiera lo que yo sabía.

El oficial bramó a través de la puerta:

—¡A la calle, a la calle, ¡a Santo Domingo!

Me ajusté el cinturón. Mis compañeros me llamaban. Me volví para seguirles. Nada había cambiado en el fondo del aposento. La madre, sentada en el lecho, gemía tapándose los oídos. Detrás asomaba la cabeza diabólica, oscilante, babeante.

Las dos hijas se abrazaban con miedo. Me miraron y adiviné en su crispación anhelosa un ruego desesperado. Fue como si súbitamente una oleada del fresco perfume de los jazmines me envolviera en pleno mes de julio. Todavía me quedaba una bala en el fusil. Reverendo Padre, cualquier hombre hubiera hecho lo que hice. Un tiro seco, un solo tiro seco... ¡A tantos otros había muerto ese mismo día desde la retirada de la Plaza de Toros: oficiales fuertes y esbeltos, soldados que apenas salían de la adolescencia, a tantos, a tantos! Cayó la cabeza espantosa, como en un juego, como si fuera una cabeza de cartón y de lana...

Hasta hoy me persigue el alarido de la madre, hasta hoy, como me persiguió el 5 de julio de 1807 en mi fuga por la calle de Santo Domingo negra y roja de cadáveres, lejos de la casa cuyas puertas había arrancado...

*La casa cerrada* es un relato de la autoexclusión en la que la familia del deforme hombrecito se había ubicado. Medida precautoria y justificada por la ola de prejuicios que la sola vista del muchacho ocasionaba. Odio que llevara al crimen inmotivado. La casa cerrada es una metáfora del temor al distinto; del rechazo de la fealdad, que muchas veces se encuentra asociada a la descalificación moral.

El rechazo al diferente encuentra su punto culminante cuando se lo considera inhumano, cuando se lo excluye de la especie humana, entonces todo crimen es permitido. Matar al monstruo se convierte en un acto piadoso.

#### CONCLUSIONES

La tarea del educador moral no consiste en responder a la pregunta [...], ¿por qué debo ser moral?, sino a otra que se plantea mucho más a menudo: ¿por qué debo preocuparme por un extraño, por una persona que no es de mi sangre, por alguien cuyos hábitos me repelen? La respuesta tradicional a esta segunda pregunta es: porque el parentesco y las costumbres son moralmente irrelevantes respecto de las obligaciones que impone el reconocimiento de la pertenencia a una misma especie (en Rorty 2000: 241)

Esta respuesta, desarrollada por Annette Baier, le resulta a Rorty poco convincente. Si se trata de convencer al público nada mejor que recurrir al lenguaje emotivo de los sentimientos. Aflora entonces en el horizonte la milenaria batalla entre racionalidad y sentimientos. Nada más innecesario.

Los sentimientos morales desempeñan un papel importante en la constitución de los fenómenos morales. “Los sentimientos constituyen la base de nuestra percepción de algo como algo moral” de acuerdo con Habermas (1996:205). No sólo se trata de valorar racionalmente el estatuto humano del semejante, sino también de sentirlo como un igual. En este sentido, es en el que sostenemos que racionalidad y sentimientos proporcionan una base igualmente necesaria para el fenómeno de la moralidad.

Los sentimientos morales “proporcionan una orientación a la hora de enjuiciar el caso particular moralmente relevante”. Sin embargo, el papel de los sentimientos no termina en una orientación a *prima facie*, también constituyen principios desde donde fundamentar las decisiones.

Según Habermas, “los sentimientos morales no solamente desempeñan un papel importante en el caso de aplicación de normas, sino también en la fundamentación de éstas” (Habermas 1996: 207). En el plano de la discriminación por la raza, los hábitos, las costumbres, etc., los cambios conductuales son resultado de una modificación en la forma de percibir a los otros. Dichas modalidades perceptivas son difíciles de modificar, pero para vivir en sociedades más inclusivas, el cambio de perspectiva es necesario.

La empatía es la capacidad de ponerse en lugar del otro, es la “condición emocional para la asunción ideal de rol, que exige de cada uno asumir la perspectiva de todos los demás.” (Habermas 1996: 207) Sólo desde la base empática podemos sentir al otro como semejante. Cuando el otro es

percibido como alguien totalmente diferente, inconmensurablemente incomparable a nosotros, la posibilidad de obrar éticamente se ve atacada.

Nosotros y ellos, amor y odio, amigo o enemigo. Tal límite demarcatorio determina nuestro obrar. A favor o en contra de la ética. Pero esta frontera está dentro de nosotros como *eros* y *tanatos*, pulsión de unión y discordia. De ahí que sostengamos la dificultad para “ser buenas personas”, fundamentalmente porque nuestros actos están doblemente determinados.

Richard Rorty y Jürgen Habermas son filósofos con orientaciones diferentes, en el ámbito moral uno defiende el pragmatismo y el otro el neokantismo bajo la forma de la racionalidad dialógica. Sin embargo, ambos sostienen la importancia de los sentimientos morales, no sólo como punto de partida, sino como posibilidad de fundamentación ética.

Cuando abordamos el tratamiento del racismo como manifestación segregacionista de lo humano encontramos que su base se encuentra vinculada a los sentimientos. La posibilidad de provocar un aprendizaje moral se encuentra con el escollo de la raíz pulsional; para lograrlo, no sólo es necesario superar “las argumentaciones”, sino también “los sentimientos”.

El presente escrito se enmarca dentro de la investigación UBACyT: *Estrategias didácticas en el desarrollo de la sensibilidad moral en educación*. Nuestro objetivo a largo plazo consiste en explorar cómo construir verdaderos aprendizajes éticos.

## NOTAS

- 1 Dra. en Psicología, Lic. en Psicología, Profesora de Filosofía, Dda. en Filosofía. Profesora Adjunta Regular de Psicología, Ética y DDHH en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- 2 Dr. en Filosofía. Jefe de Trabajos Prácticos en la Universidad Nacional de La Matanza.

## BIBLIOGRAFÍA

- Daros, W. (2001), "Moralidad, el yo y la solidaridad social posmoderna según R. Rorty", *Invenio* 4 (7):.41-62
- Habermas, J. (1996), *La necesidad de revisión de la izquierda*. Madrid: Tecnos.
- Michel Fariña, J (2009), "De la eugenesia a los crímenes nazis", en *Ética y Ciencia*. Buenos Aires: Grupo Blanco.
- Mújica Lainez, M. (1981), "La casa cerrada", en *Misteriosa Buenos Aires. Obras Completas*, tomo III. Buenos Aires: Editorial Sudamericana
- Rorty, R. (2000), "Derechos humanos, racionalidad y sentimentalismo", en *Verdad y progreso*. Barcelona: Paidós.
- (1991), *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- Vallois J. (1944), *Les races humaines*. Paris: PUF, collection Que sais-je?